

# El ensayo político anarquista en Argentina. Historia, política y literatura en *Los nuevos caminos* de Alberto Ghiraldo

DOSSIER

**Marcos Olalla**

Universidad Nacional de Cuyo

marcosolalla@hotmail.com

Argentina

**Resumen:** Nos proponemos indagar en este artículo la concepción de lo político en la obra *Los nuevos caminos* (1904) del escritor anarquista argentino Alberto Ghiraldo. Analizamos en ella las consecuencias teóricas de la valoración anarquista de lo político como encubrimiento simbólico de las relaciones materiales de dominio.

**Palabras claves:** Ghiraldo, literatura anarquista, ensayo, política, violencia.

**Title and subtitle:** The anarchist political essay in Argentina. History, politics and literature in *Los nuevos caminos* by Alberto Ghiraldo.

**Abstract:** We have tried in this paper to search in to the political conception in *Los nuevos caminos* (1904) by the Argentine anarchist writer Alberto Ghiraldo. We analyze in it the theoretical consequences of the anarchist insight in which the political practice appears as a symbolic concealment of domination in material relationships.

**Key words:** Ghiraldo, anarchist literature, essay, politics, violence.

La estabilidad que, en el ámbito de la gobernabilidad, Argentina adquirió a partir de 1880, se obtuvo, luego de años de guerras civiles y desorden administrativo, a fuerza del despliegue eficaz, por parte de sus elites políticas, de un proyecto de modernización económico e institucional de matriz liberal. La solidez de este programa, que pudo plasmar algunas de las tendencias ya configuradas en los años previos se construyó, no obstante, sobre el fondo de la consolidación de la expansión económica y la conquista definitiva del dominio territorial del país. La disposición de la tierra no era exclusivamente una rehabilitación de la soberanía estatal, sino una verdadera ampliación de los recursos de la clase dominante. No extraña pues la proveniencia de los gobernantes y políticos de la Argentina en dicho período de esta elite social tradicional. El carácter restrictivo del origen social de la clase política fortaleció un tipo de vínculo "clientelar" entre las clases populares y sus gobernantes, sostenido regularmente por el fraude electoral y la violencia, fenómenos asumidos como inescindibles del proceso constitucional. En tal contexto se comprendía el escepticismo de los grupos subalternos respecto de las prácticas electorales. "A estos sectores (...) les quedaba la posibilidad de actuar como grupos de presión, principalmente en los terrenos políticos y gremiales, articulando intereses sectoriales e incorporándolos a la sociedad" (Oved, 1981: 25). Las organizaciones obreras que se desarrollaron sobre este fondo constituyeron la vía de manifestación de las demandas de tales grupos, en virtud de lo cual adquirieron una significativa visibilidad a fines del siglo XIX y principios del XX.

## DOSSIER

La consolidación del crecimiento económico, sostenido sobre la base de la expansión agrícola que este régimen político oligárquico desarrolló, impulsó también al sector industrial. Este desarrollo profundizó la tendencia a la concentración de la población en la zona del litoral y con ello consumó una creciente urbanización. Estos cambios en el campo de las actividades económicas modificaron la estructura ocupacional de la Argentina en dirección de un aumento de la gravitación de los ocupados en los sectores secundario y terciario de la producción, fenómeno que contribuyó a ampliar la base de los estratos medios y a profundizar la complejidad de la vida económica argentina por la incorporación de nuevos actores en el campo económico (Cortés Conde y Gallo, 1968: 82-83). Por su parte la masiva inmigración que recibió la Argentina entre 1870 y 1914 amplificó el fenómeno de la concentración en los centros urbanos y confluyó con los factores antedichos en la configuración de la llamada "cuestión social" (Suriano, 2000b: 3). El arribo de los inmigrantes provocó modificaciones en la estructura social y demográfica argentina en virtud de la capacidad que demostraron éstos para adaptarse a la movilidad social inherente a esta etapa del proceso de modernización. Aunque de origen campesino, en su mayoría, se incorporaron al ámbito de las actividades industriales y las artes manuales. En tal sentido el papel de la inmigración fue decisivo en la formación de la clase obrera argentina<sup>1</sup>. El anarquismo constituyó una de las corrientes ideológicas del período que expresó de modo más eficaz las demandas de los sectores obreros<sup>2</sup>.

El discurso anarquista argentino de fines del siglo XIX y principios del XX articuló los tres frentes desde los cuales la estructura institucional de matriz liberal resultó impugnada, a juicio de E. Zimmermann (1995: 13). En efecto, a la crítica idealista de las vinculaciones entre liberalismo y positivismo, como a la recusación del sistema político por parte de los sectores excluidos de las prácticas electorales y a la demanda de soluciones institucionales de la "cuestión social" —fenómeno al que la praxis anarquista resultaba adscripta—<sup>3</sup>, el anarquismo sintetizó con distintos grados de explicitación.

---

<sup>1</sup> "En este contexto se desenvuelve la condición obrera. Hasta 1886 puede afirmarse que los salarios aumentan incesantemente. Pero a partir de esa fecha, luego de la llegada de una enorme masa de inmigrantes, el aumento de la oferta de mano de obra favorece la situación de los patrones, que pueden imponer salarios y condiciones de trabajos más desfavorables, con una jornada de trabajo que oscila en las diez horas diarias. El descanso dominical sólo rige en la Capital Federal. En consecuencia, la conformación de la clase obrera, junto a la ruptura de las expectativas de progreso económico en la masa migratoria constituyen las premisas objetivas para el surgimiento del movimiento obrero" (Godio, 2000: 71).

<sup>2</sup> Iacov Oved ha analizado de modo muy exhaustivo la interrelación entre la conformación de la clase obrera argentina y el surgimiento de las organizaciones anarquistas en su excelente estudio *El anarquismo y el movimiento obrero en la Argentina* (1981).

<sup>3</sup> "La alta concentración urbana promovió una serie de problemas comunes a las grandes ciudades del mundo occidental: por una parte, la urgencia en solucionar las necesidades básicas de los inmigrantes en materia de vivienda y salud; por otra, los aumentos registrados en las estadísticas oficiales en áreas de 'alta sensibilidad' como la criminalidad, la prostitución, la mendicidad y el alcoholismo, agregaron una dimensión moral al debate sobre la cuestión social. Por último, el surgimiento de las primeras organizaciones obreras y sus campañas reivindicativas, y las amenazas del terrorismo anarquista introdujeron un fuerte contenido político-ideológico que se sumaba a los reclamos por una transformación

En principio debemos reconocer que el mapa ideológico en el que se halla la producción anarquista argentina y latinoamericana se configuró al interior de los límites fijados por las contradicciones inherentes al desarrollo del proceso de modernización. Si la *belle époque* de 1900 revelaba un rostro culturalmente fascinante en función de la aceleración del ritmo de creación y apropiación de estéticas diversas (Rama, 1985: 35), también escondía una fachada sombría representada por "los de abajo", cuyas demandas comenzaban a ser captadas por los anarquistas. Este escenario de una dramática tensión entre la oligarquía, que ya vislumbraba sus límites pero aún administraba los resortes institucionales del país y su efectivo repliegue, previsiblemente, promovieron la conformación de un estado que, al reafirmar su herencia positivista, se constituyó como un "Estado darwinista" (Viñas, 2004: 16-17). El fundamento darwinista del estado da cuenta del avance de los grupos sociales subalternos tanto como de su carácter de amenaza política e inquietud sanitaria (Capelletti, 1990: XXV; Terán, 1986: 23). "Portan con ellos no sólo la revolución, sino también la enfermedad" (Viñas, 2004: 20). La representación de este modo configurada por las élites explica la intensidad de la represión sufrida por los militantes y organizaciones anarquistas, así como también el registro en el que se inscribió su reacción, deudora de una concepción retórica que atribuía una significatividad política definitiva a la enunciación en clave maximalista<sup>4</sup>. Pero la polarización no se registraba exclusivamente en torno de los ámbitos de emisión de los discursos, sino en términos de la heterogeneidad de los auditorios, comprendida como efecto de la creciente complejización de la estructura social operada por la modernización de fines del siglo XIX y principios del XX. En cada caso la dualidad se hallaba construida sobre el mismo eje, es decir, el conflicto tal y cómo se configuraba en el espacio capitalista.

Entre los campos en los que se desarrolló dicho conflicto se encontraba el de la opinión pública. Para esta época la conciencia de la relevancia que poseía la intervención política en el ámbito de la formación de la esfera pública era objeto de un consenso unánime de parte de las diversas fuerzas políticas. La ampliación de la esfera pública operada por factores ajenos a la circulación sin más de las ideas en la escena de la polis estableció definitivamente un estatus político fundamental a la prensa<sup>5</sup>. La literatura anarquista poseía este sesgo

---

del sistema político argentino que habían cobrado fuerza desde la Revolución del Noventa y el surgimiento de una oposición articulada en la Unión Cívica Radical y otras fuerzas desgajadas del oficialismo" (Zimmermann, 1995: 12-13).

<sup>4</sup> "Desde la perspectiva libertaria (...) la réplica a las denuncias provenientes de los bulevares a lo Haussman y a su ferocidad represiva, organiza un estilo que si requiere de la resonancia de la calle o de los teatros populares y la altura de la mesa de un sindicato o de un banco de plaza, al mismo tiempo solicita 'el vozarrón' de un tribuno y la serie de sus efectos oratorios. Estrategias que van desde las exhortaciones a las profecías y las 'blasfemias iracundas' a través de imperativos, interjecciones, superlativos y la gama más exasperada que apunta a producir *finales acumulativos*: condenas, desquites, cierre de inmediatez ejecutiva, indignación o, eventualmente, llanto" (Viñas, 2004: 19).

<sup>5</sup> "Un mecanismo ampliamente utilizado para generar una opinión pública favorable, ya desde décadas anteriores, fue la prensa. Los notables habían hecho de la prensa una forma de intervención pública privilegiada y sus diarios dependían del partido o de la facción que lo sostenía (...) El diario les permitía unificar opiniones y construir imágenes homogéneas sobre la sociedad, los hombres y la política, definir amigos y enemigos, intercambiar ideas, ejercitarse en el oficio de escribir (...) Pero los diarios, que eran una herramienta del gobierno, tenían que luchar con otros periódicos políticos y con las empresas

## DOSSIER

propagador de ideas que la ligaba fuertemente a la producción de textos destinados a ser publicados en alguno de los periódicos, semanarios, revistas mensuales o folletos que en gran cantidad hizo circular esta corriente ideológica y que, por lo mismo, tendía a expresarse bajo la forma de ensayos de interpretación de la realidad social, económica, política y cultural de su tiempo.

### El lenguaje anarquista

La percepción de una relación entendida como isomórfica entre lenguaje y realidad, así como de la representación especular por parte del lenguaje literario respecto de las ideas que expresan un orden de cosas fenoménico (Zabala, 1995: 413) indujo a los anarquistas a otorgarle al discurso literario el carácter de “espejo de la sociedad”. La enunciación en este registro discursivo de una interpretación des-alienada de la realidad funcionaba como una manifestación de la negatividad que permitía deconstruir la trama valorativa del discurso dominante, de sus imágenes y de su “falsa unidad”. Como bien ha señalado la crítica puertorriqueña la pretensión de aquella concepción del lenguaje en la literatura anarquista, que en cierta medida anticipaba la discusión acerca del estatuto emancipatorio del realismo o la vanguardia, poseía una manifestación eminentemente pragmática. Es decir, sin haber reconocido todavía el carácter que el lenguaje tiene como mediación en lo real, se le percibía como un modo de praxis, en este caso, como un modo de inversión axiológica del discurso dominante con evidente sentido performativo<sup>6</sup>. S. Salaün, apoyándose en las categorías de análisis de P. Bourdieu sobre la “economía de los intercambios lingüísticos” (1985), llega a una conclusión cercana a la de Zavala aunque originada en un punto de partida diverso. Para Salaün lo relevante en la concepción del “signo” de los anarquistas era la motivación. De modo que lo natural no era la relación entre el sistema del lenguaje y la realidad, sino entre el “acto de lenguaje y el mundo de las cosas” (1995: 331). El criterio de verdad le venía dado al enunciado desde una fuente extralingüística como la finalidad ético-política de su uso. Con ello la deconstrucción de la transparencia del significado se diluía en otra forma de transparencia: la de la relación entre praxis y discurso fundada en la postulación de un orden ético político de validez universal en cuyo caso el potencial

---

periodísticas que ya buscaban alejarse de los grupos facciosos para entrar en el negocio de las noticias y formar, al mismo tiempo, una opinión pública que imaginaban independiente. De manera paralela a la constitución de una prensa oficial se crearon otros órganos de opinión por parte de sociedades mutuales y obreras, por nuevas fuerzas políticas y asociaciones étnico-nacionales, así como por empresas que descubrían las posibilidades asociadas a la información. Si el diarismo de la élite fue clave para incidir en la *opinión pública sana* diseminando una idea de nación, de autoridad, de gobierno y de acción política, hacia el fin del siglo las competencias prácticas y discursivas se ampliaron hasta incorporar contrapúblicos cuestionadores del orden que se pretendía mantener” (Lobato, 2000: 204-205).

<sup>6</sup> “Un arte especular que librase al público y al lector del miedo, del rigor de la tradición asfixiante, invitando a sus receptores a imaginarse solidarios con los valores invertidos (...) Todo ello logrado a través del uso constructivo, choques, y destrucciones entre actos performativos y actos constativos, en la dimensión pragmática del discurso. Un arte, en definitiva, que operase como una especie de acelerador histórico, y que representase la lucha de clases. Un arte ‘bello y armónico’, invitación a salir de la impotencia, y a estremecerse en un choque creador y subvertir el poder y el orden y desafiar las jerarquías. En definitiva: fecundar el discurso de los engañados y liberar los nuevos pactos. Un arte que reterritorialice los discursos de las minorías y sus proyectos colectivos” (Zabala, 1995: 420).

revolucionario de la concepción anarquista del significado tendía a licuarse<sup>7</sup>. Aunque sin disminuir la simpatía que sienten por la literatura anarquista J. Andreu, M. Fraysse y E. Golluscio de Montoya señalaban como una de las contradicciones más significativas de la literatura de esta corriente ideológica la coexistencia de una concepción revolucionaria del mundo y una evidente incapacidad para la innovación formal, es decir, el “defasaje impresionante entre el contenido radicalmente subversivo de los textos y la forma convencional que les es dada y que adhiere, en sus grandes líneas, a la retórica tradicional del arte burgués contemporáneo” (1990: 13).

Evidentemente el registro en el que operaba la enunciación anarquista no poseía una referencia estética, sino ideológica (Litvak, 1988: 76-77). Esta misma impronta que liga la producción literaria anarquista de fines del siglo XIX y principios del XX a toda una generación de escritores que reivindicaba a la “Idea” como objeto estético, pero también político (Moretic, 1986), al mismo tiempo, la distingue de ella en términos de cierta reducción programática de lo literario en lo político. En tal sentido nos proponemos indagar aquí el significado de lo político en la obra ensayística del escritor anarquista argentino Alberto Ghirardo.

### El significado de lo político

Aunque es un tópico recurrente en la caracterización de la literatura anarquista es necesario señalar la dificultad que entraña la distinción de los géneros en los cuales se inscribe la promoción literaria de las ideas anarquistas<sup>8</sup>. Con todo, en función del componente doctrinario que expresa y del registro en el que lo hace, —es decir, como discusión acerca de las más significativas ideas fuerza de esta corriente ideológica en términos de una coherencia que se juega al interior del propio discurso y no en la narración de hechos—, consideramos a la obra *Los nuevos caminos* (1904) como la más significativa producción ensayística de Ghirardo, aun cuando este registro está presente en sus crónicas, su poesía y obra dramática como un recurso inescindible de su continua referencia teórica<sup>9</sup>. Aquella

---

<sup>7</sup> Lo que en principio asoma como una “intuición revolucionaria” se convierte en una concepción mistificadora del lenguaje. “De ahí la afición de los anarquistas a un lenguaje preformativo (que hace lo que dice, por ejemplo con los imperativos), es decir, físico y activo; de ahí también la afición a un lenguaje ético sobrecargado, sobresignificado (el énfasis y la gesticulación ya mencionados). Unas palabras como Razón, Justicia, Verdad, Ideal (...), que cimentan su doctrina, cobran su aureola porque son precisamente ‘descriptivas y prescriptivas’ en un mismo momento. Complementariamente, los anarquistas creen en los absolutos, en los universales (morales —el Bien y el Mal— sensibles y lingüísticos: sus proyectos de lenguas universales pertenecen al mismo sistema utópico fundado —pero no lo ven— en la tradición religiosa y burguesa más rancia)” (Salaün, 1995: 331-332).

<sup>8</sup> “Resulta casi imposible delimitar con exactitud los géneros a que pertenece tal o cual obra, así como hacer una delimitación del contenido; es decir, dónde termina la obra ideológica y empieza la narración o el lirismo, dónde acaba la propaganda y comienza la obra de arte. Las fronteras se pierden al plantear estos temas, ya que los anarquistas formularon sus obras y sus teorías estéticas como instrumentos de la revolución social” (Litvak, 1981: XV).

<sup>9</sup> En la definición misma del concepto “literatura anarquista” se halla el componente retórico del discurso literario anarquista. “En líneas generales podríamos definirla [a la literatura anarquista] como aquella literatura que toma como base argumental algunos elementos que constituyen el fundamento teórico

## DOSSIER

obra reúne discursos, conferencias y publicaciones aparecidas en la prensa, la mayoría de las cuales poseen el carácter de ensayos. Constituye, como lo afirma el más importante de sus biógrafos, uno de sus libros más difundidos (Cordero, 1962: 163). Es probable que la radicalidad de su pensamiento y su sentido programático hayan contribuido al desarrollo de una reflexión escamoteada no pocas veces por la "urgencia revolucionaria" anarquista (Suriano, 2001: 81-82). Y es que si el sentido de la urgencia era explícitamente asumido cuando se tematizaba el estatuto estético de la literatura anarquista en cuyo caso la urgencia caracterizaba no tanto a la militancia, sino a la poética (Andreu, Frayse y Golluscio de Montoya, 1990: 10-13), en la práctica alcanzaba a la reflexión política misma de cuya poética era objeto.

Es significativa la operación sobre la que se halla montada la incorporación de lo político al discurso libertario. Si Ghiraldo en uno de sus ensayos más celebrados de esta obra reclamaba "el arte por la idea" (Ghiraldo, 1904: 143) lo hacía para reivindicar una forma de performatividad que deliberadamente rehuía la caracterización de política para determinar un orden de cosas anterior al sistema de las relaciones de dominación. Aun cuando la acción política era promovida por el anarquismo, el sentido genérico de lo político poseía un carácter negativo. La postulación de un fundamento extrapolítico para su propia praxis configuraba una concepción ambigua del poder, al que deseaba conquistar pero sólo para subordinar el orden de las relaciones humanas al despliegue efectivo del principio de igualdad, patrimonio de la naturaleza y de sus eventuales formas de cognición científica. La tensión, establecida entre el carácter natural del orden que el anarquismo reivindicaba y el histórico de su representación, daba lugar a una crítica de lo vigente que tenía como punto de partida un "sentimiento instintivo de rebelión" (10). La posibilidad de una militancia que se afirmaba como un modo de la rebeldía se sustentaba pues en la identidad postulada entre un fundamento natural, —que explicaba aquel sentimiento— y su reflejo ideológico, en cuyo espacio el escritor introducía el significado de la acción política como una manifestación histórica de un orden que habría de imponerse, aunque no exclusivamente con el concurso de su racionalidad.

¿Qué pensarán de nosotros, digo, de ellos —descarguemos nuestra responsabilidad los rebeldes—, al saber que por proclamar una grande idea, la más grande que haya abrigado la mente humana en todas las épocas de la historia, los hombres eran arrojados de los talleres por los patronos, encarcelados por los policías, ametrallados por los ejércitos y ahorcados por los jueces? (...) ¡Y estos héroes, estos mártires, estos sacrificados, son los que salvan el honor humano! ¡Germinal! Sí, son los violentos, los arrojados, los que se sublevan, los que se yerguen, quienes empujan a las ideas, quienes despiertan a los esclavos, quienes luchan por la redención que un día a través de tanta sombra brillará en el mundo (13).

Lo que había comenzado como un sentimiento se expresaba ahora como promoción de una idea, hecho posible por la identidad entre ambos órdenes, uno de los cuales, el de las representaciones, necesitaba consumarse en el terreno azaroso de la historia por fuerza de la acción concreta de aquellos sujetos que comparten "el espíritu de la rebelión". Este

---

del anarquismo: rechazo de la autoridad y de toda opresión de un individuo o grupo de individuos sobre otros, lo cual implica rechazo del Estado y de sus instituciones fundamentadas en la jerarquía (ejército, salariado, etc.)" (Madrid, 2004: 2).

esquema tripartito formado por los componentes natural, simbólico e histórico no se resolvía siempre de modo coherente, sino en términos estrictamente coyunturales. Esto mismo otorgaba al discurso anarquista una elasticidad teórica que permitía articular diversidad de demandas y modos de enunciación de las mismas. "Idea" era, sin más necesidad de argumentación, un atributo de la historicidad que inexorablemente mostraba, aun en las "sombras", el curso progresista de su desarrollo. Si Ghiraldo juzgaba innecesario avanzar en precisiones en torno de dicho concepto es porque se hacía cargo de un consenso generacional cuyo objeto era una autoimagen que se definía por su referencia a aquella historicidad, como un modo auténtico de expresar lo que en el presente latía como futuro, la modernidad, el modernismo. La genealogía de rebeldes que el escritor trazó —que va de Krishna y Confucio, pasando por Jesús, a los reformadores Hus, Lutero y Calvino, de Sócrates a Galileo, de Cervantes a Zola y de Kant a Kropotkine—, ponía de manifiesto su interés de dotar al registro histórico de su esquema teórico de una memoria capaz de identificar los espacios de ruptura del orden vigente e incorporar tales espacios a un desarrollo que presumía coherente en función de un itinerario histórico cuya finalidad era la fusión de historia y naturaleza. Son "ideas en marcha hacia la vida" (19). La racionalidad atribuida a tal trayectoria no era, sin embargo, una forma de la inevitabilidad puesto que las relaciones de dominio constituían un modo de alienación de la igualdad natural. La ausencia de reconocimiento de este principio era, por tanto, un obstáculo que debía dirimirse en la arena de la acción política aunque la tendencia ghiraldiana y del anarquismo argentino fuese considerar lo político en términos de gobernabilidad, tanto como para que su significado se intuyese como definitivamente negativo<sup>10</sup>. La historicidad de la ruptura diluía ciertamente el cariz escatológico que la relación entre la "idea" y su efectiva concreción parecían asumir. Ghiraldo no quería convertir a la historia de la humanidad en historia de la salvación, sino conferir a la praxis política anarquista de un programa que hiciera pie en una concepción de la historia que presentase a la instancia revolucionaria como una modalidad de la recuperación de la relación entre el hombre y la naturaleza, como "descanso"<sup>11</sup>, en un gesto que, en este sentido, anticipaba la figura de W. Benjamin de las revoluciones obreras como freno al desarrollo instrumentalizante de la modernidad (1989).

### La comedia política

Lo político es en este contexto el escenario de una comedia que revelaba el carácter alienado de las relaciones humanas en virtud de la existencia de relaciones de dominio. El componente simbólico del esquema teórico ghiraldiano funcionaba como un modo de fundamentación de un discurso que pretendía desligar a su enunciación de aquel universo de relaciones. La mistificación del discurso científico constituía un índice de este esfuerzo

---

<sup>10</sup> "El anarquismo era fundamentalmente antipolítico y antilegalitario, pero sus prácticas eran en esencia políticas en tanto estaban dirigidas a conquistar el poder. Un poder que era anhelado no para ejercerlo en el sentido moderno del término sino para destruir al que lo controlaba, esto es, el Estado, e imponer un orden diferente" (Suriano, 2001: 272).

<sup>11</sup> "Son los sumisos, los obedientes, los serviles, todos los pobres de espíritu, los que constituyen el principal obstáculo que se ha opuesto siempre al avance de la idea. Pero, ¡qué importa! Las minorías han sido siempre también las genitoras de todas las revoluciones. Por ellas tiene la humanidad algún descanso" (Ghiraldo, 1904: 19).

## DOSSIER

por dotar de límites precisos dicho *locus*<sup>12</sup>, y servía de fundamento para la destrucción de lo prejuicios que imponía la tradición, uno de los cuales era la existencia de la "patria". Para Ghiraldo, "ha llegado (...) el momento de examinar a la luz de la verdad y de la ciencia esa entidad indefinida y nebulosa (...) llamada patria" (Ghiraldo, 1904: 22). La fetichización de un criterio de universalidad inherente al concepto de patria disputaba el estatuto universalista del discurso científico aunque este registro de la crítica permanecía en cierta medida implícito. La superficie de la argumentación ghiraldiana se enfocaba no en aquello que la patria homogeneizaba, sino en el costo de la distinción sobre el fondo del cual la homogeneidad era postulada, poniendo de este modo en cuestión el concepto de humanidad. Afirmaba Ghiraldo:

Para mí esas líneas imaginarias con que han sido divididos los pueblos no existen. Sólo moralmente podría fraccionarse la humanidad y para ello habría que colocar a un lado los seres sanos y en el otro lado a los enfermos. Lo demás es, y ha sido, cuestión de política, de fuerza, de imposición, de conquista, de diplomacia, de astucia o de hipocresía (24).

En este párrafo concurrían varios de los tópicos de la concepción ghiraldiana de lo político. Así, la diferenciación de planos entre la enunciación propia y la del discurso referido se llevaba a cabo a partir de la atribución de un sentido imaginario para la noción de patria, mientras que la referencia a la validez de su crítica se jugaba al nivel del discurso científico. Lo significativo, no obstante, no se hallaba en este trillado recurso discursivo, sino en la articulación que propugnaba entre dos registros del propio discurso. Si, por un lado, la crítica del objeto imaginario era posible por el desarrollo del componente racional del lenguaje científico que rápidamente ponía en juego categorías vinculadas al paradigma dominante de la época como "salud-enfermedad"; por otro, la apelación a tales categorías las hacía al introducir otro orden de universalidad, ya no epistémica, sino moral. De este modo restituía en su discurso un fundamento práctico que poseía la transparencia de un espacio incontaminado por la política. El sesgo normalizador asociado a esta concepción de la ciencia con la que los propios anarquistas serían examinados (Ciafardo y Espesi, 1992; Geli, 1992 y Zimmermann, 1995), ponía de manifiesto ciertas tensiones entre la militancia libertaria y la estructura categorial de los discursos que la fundamentaban. Era sintomática, en tal sentido, la focalización que el escritor ácrata hacía de la relación entre el pensamiento y la acción, la identidad de cuyos términos resultaba nuevamente asegurada por la certeza empíricamente obtenida del conocimiento.

Pero ¡no haya miedo! que la falange de los *sin-patria* aumenta incesantemente gracias a que no han sido hechas las mordazas para los que con Guyau afirmamos que quien no obra

<sup>12</sup> En este aspecto la evaluación del rol de la ciencia en su concepción de lo político resulta tan vital como a la mayoría de los anarquistas argentinos. "La visión libertaria de la política no puede ser desligada del componente racional: para ellos la fe en la ciencia y la razón reemplazaba la fe revelada y metafísica de la religión, proporcionando el basamento adecuado para las transformaciones sociales que llevaría a la humanidad a organizarse científicamente, eliminando la autoridad en el plano político. La organización de la sociedad sobre bases científicas, al hallarse subordinada a la razón, debía alcanzar también la armonía y la justicia imperantes en la naturaleza. En estas circunstancias la explotación del hombre por el hombre dejaría lugar a la administración científica de las cosas y la liberación del individuo" (Suriano, 2001: 272).



como piensa no piensa completamente. Así pensamos, así obramos los que tenemos el coraje de nuestras convicciones, fruto exclusivo del estudio y la experiencia (Ghiraldo, 1904: 26-27).

La identidad de acción y pensamiento, fundada en el "estudio y la experiencia", garantizaba la pervivencia del aporte revolucionario de los anarquistas puesto que este ofrecía el espacio propicio para la condensación de aquellos registros en los que giraba la argumentación de Ghiraldo. La historicidad de la rebelión, la verdad científica y la adecuación de tiempo y espacio a un orden que la naturaleza ha fijado para la vida concurrían en la necesidad de poner en cuestión "todas las esclavitudes políticas y sociales"<sup>13</sup>.

La autoridad emanada del Estado constituía una violación de la naturaleza de la sociedad (Suriano, 2001: 272). Ghiraldo lo describía como "el engranaje de farsas y mentiras" construido para administrar eficazmente la explotación "de las minorías armadas y parásitas sobre las multitudes productoras" (Ghiraldo, 1904: 46). Además de la existencia del gobierno como un dato de definitiva cuestionabilidad lo significativo es la recuperación del tópico del parasitismo en el que se inscribía el análisis de la explotación como un fenómeno moral. No extraña, por tanto, la persistencia de la tensión configurada por una cierta dualidad discursiva. Así, en la caracterización del gobierno estatal en términos de un conjunto de "farsas y mentiras", y en el apelativo de esta organización como "estúpidamente egoísta" se revelaba la coexistencia de los registros moral y cognitivo.

El Estado era, para Ghiraldo, la instancia que fetichizaba a nivel de los símbolos la universalidad, privada por las relaciones de autoridad en el dominio de lo real. En el contexto de estas últimas la referencia a la unidad de los diversos agentes del proceso de producción era una forma de vaciar de sentido la impronta disidente de la praxis obrera. Esta posición que cuestionaba la incorporación de la simbólica de la lucha obrera como el festejo del 1 de mayo al ámbito de la institucionalidad estatal, tanto como los intentos de desarrollar una legislación del trabajo, así como las estrategias parlamentaristas de otras corrientes ligadas a las demandas obreras como el socialismo, reclamaba la recuperación de la "acción directa" como una forma de práctica social transparente, independiente de intereses políticos concebidos como estrategias de dominio. Señalaba Ghiraldo en alusión a los festejos del día del trabajador:

Hay que decirlo a gritos: se está desnaturalizando el verdadero significado de esta fecha; y hay que repetirlo, sin fatigarse, porque es necesario deshacer entre nosotros, y antes de que tome cuerpo, la superchería propalada (...) por los eternos *Rabagass* del politiquerismo, aliados a sueldo del capital, acerca de un acontecimiento que en los fastos sociales representa la continuación del drama eterno, en que intervienen, como personajes principales, los Sócrates, los Cristos y los Galileos, que en todas las épocas, para esperanza nuestra y gloria de sus generaciones, han hecho flamear victoriosa en medio del sacrificio la enseña roja de la rebelión (Ghiraldo, 1904: 101).

<sup>13</sup> "Y como la rebelión es la luz; y como la luz es la verdad; y como la verdad es la vida; y como la vida no puede expandirse en un ambiente donde primen la paciencia, la resignación, la sumisión, he aquí por qué es necesario proclamar alto, muy alto, que mientras existan opresores y oprimidos no habrá sino una cosa verdaderamente noble en el mundo: luchar por la destrucción de todas las esclavitudes políticas y sociales; pero sin disciplinar a nadie, sin formar ejércitos distribuyendo grados y jerarquías, que eso es echar bases, preparar elementos para tiranías futuras" (30).

## DOSSIER

Si en efecto la conmemoración de un hecho que se inscribe en el orden del martirio tendía a perder la intensidad de su dramatismo, la generosidad de su sacrificio, se comprendía, para el escritor libertario, la relevancia de la impostura. Aunque no era necesaria la explicitación pues la continuidad de esta forma de invectiva lo tornaba algo redundante, es un hecho el que Ghiraldo se hallaba compelido a la recuperación del índice dramático, puesto en crisis por el orden de lo político, haciendo confluir como sustrato no ideológico de su discurso a las diversas fuentes del saber: filosófico, religioso y científico, representadas por las figuras de Sócrates, Cristo y Galileo. La validez de la denuncia de las diferentes formas de la alienación política se concebía asegurando un fondo epistémico lo suficientemente ampliado como para obtener la benevolencia de un público que revelaba la creciente complejidad de la estructura social, al mismo tiempo que por la inscripción de ese saber en el orden de la historia en el que la praxis de aquellos a quienes refiere se había dejado orientar por un cierto compromiso moral con la verdad mediante el sacrificio, instituyendo así una tradición en la que la acción, lejos de definirse en términos meramente estratégicos y por lo mismo políticos, recuperaba su sentido ahora fundado en los órdenes del saber, la moralidad y la memoria.

Se trataba entonces de refundar lo político en sentido no instrumental, es decir, desde un lugar que, al menos en su origen, no se hallaba atravesado de conflictos. Esta construcción conceptual requería del reconocimiento de una instancia universal de validación de la práctica política en lo que constituía un desarrollo que, en este aspecto, adoptaba la forma de mucho de lo producido en materia de filosofía política contemporánea. Es evidente, sin embargo, que la posición de Ghiraldo se hallaba incapacitada para plantear la cuestión del fundamento de lo político en clave procedimental, puesto que para el anarquismo el ejercicio legítimo del poder tenía una función estrictamente destructiva.

Este mismo registro universalista que impregnaba una concepción idealista de lo político, en la medida en que postulaba una instancia en la que deliberadamente se podía renunciar a él, suponía una comprensión de la conflictividad algo diluida en su concepción de lo político. Por lo mismo, ponía de manifiesto una relativa identificación con el marco categorial con el que el modernismo concibió la sociedad de su tiempo, aunque este último hizo uso de aquellas categorías en función de la construcción de una estética. En efecto, ambas concepciones tienen como centro la crítica de los modos en los que se desplegaba la racionalidad estratégica moderna, representada en la figura del filisteísmo burgués y organizada discursivamente, en el caso de Ghiraldo, en torno de la oposición entre una "intelectualidad financiera" y las "convicciones científicas". Para Ghiraldo la "idea" era pues el objeto de aquellas convicciones. Pero ella no revelaba sólo una impronta descriptiva puesto que su función simbólica era nombrar la disminución de la distancia entre el orden de la naturaleza y el orden de la historia. Tales ideas son, en efecto, "modernas", en virtud de lo cual se reconocía el contenido emancipatorio de la modernidad. Con ello Ghiraldo se instalaba en la encrucijada modernista, por la que la modernidad aparece traicionada por la modernización capitalista. La tematización de esta contradicción en el escritor ácrata no fue desarrollada empero en clave espiritualista, al modo de la corriente estética dominante en el modernismo hispanoamericano (Terán, 2000: 347), sino como una instancia que debía ser mediada por la praxis libertaria.

¿Pensar alto, formarse un criterio propio respecto de cualquier asunto o problema social contemporáneo; lanzarse en las corrientes de las ideas modernas haciendo a un lado cálculos utilitarios, egoísmos y mezquindades; tener el valor moral de defender estas ideas, en la seguridad absoluta de que al no traicionar la conciencia de una sociedad de mercachifles, sólo es dable alcanzar el desdén o la burla de los *hombres honrados* que la forman; ir sin miedos y sin vacilaciones a afrontar una lucha formidable en pro de convicciones científicas; en un medio ambiente en que sólo hay aplauso para el éxito personal y pecuniario? ¡Locura! Eso sólo puede tener cabida en cerebros minados por la acción degenerativa de enfermedades atávicas que obran en el organismo a manera de olas devastadoras en las rocas de las playas (...) (Ghiraldo, 1904: 53-54) (las cursivas son del original).

El cuestionamiento de la criminalización biológica de los anarquistas, aunque parecía dirigida a la reconstrucción en clave irónica de cualquier forma de atavismo, no modificaba la lógica del discurso que denuncia<sup>14</sup>. Por el contrario se mantenía en ella aunque invertía el signo axiológico de su utilización en el discurso político dominante. En tal sentido, Ghiraldo identificaba el curso emancipatorio de la historia —no exclusivamente como una necesidad racional, sino también como una forma de efectivo desarrollo— con la evolución individual<sup>15</sup>. La radicalidad de esta restricción de las fuentes de validez de la práctica política a la escena del individuo y de sus convicciones morales, sostenida en clave universalista gracias al concurso de la impronta igualitarista de la naturaleza, ponía de manifiesto la razón por la que la estrategia reformista de los grupos políticos ligados a sectores subalternos era impugnada por Ghiraldo en virtud de la atribución del carácter de “farsa republicana”. La delegación política era rechazada por el anarquismo y Ghiraldo no constituía la excepción, por cuanto el representante adquiere una autoridad conferida por la pérdida de libertad política del representado (Suriano, 2001: 273).

La legitimidad pretendida por el orden político burgués se asentaba sobre certezas infundadas, es decir, sobre la “tradición”. Esta última ligaba a los hombres al pasado y los convertía en sujetos incapaces para reconocer la orientación de las ideas modernas. El

<sup>14</sup> D. Armus ha caracterizado el impacto cultural que tuvo el discurso higienista en la Argentina de fines del siglo XIX y principios del XX señalando su arraigo en las corrientes ideológicas más contestatarias. “Más intrigante es reconstruir la recepción y la absorción de ese discurso y esa normatividad. El mundo urbano del novecientos estaba saturado, especialmente en las ciudades-puertos del litoral agroexportador, de un cosmopolitismo y una diversidad de niveles de alfabetismo que debe invitar a la cautela a cualquier esfuerzo por explorar los avatares, contestaciones y matices que marcaron a la circulación de la cultura de la higiene (...) [E]l tremendo impacto de la cultura de la higiene en la sociedad puede dimensionarse en el lugar que logró hacerse entre ciertos anarquistas, sin dudas los más críticos al estado de cosas imperantes en la Argentina... Dos ejemplos son, en ese sentido, elocuentes. En 1901 *La protesta Humana* se refería a las ‘reglas de higiene y modos de prevenir enfermedades’ en el marco de su apoyo a las campañas de educación destinadas a evitar el contagio. Y veinte años más tarde, en 1921, el periódico anarco-sindicalista *El Obrero en Dulce* invitaba a poner en práctica ‘los modos higiénicos, racionales y delicados’ como ‘un medio para conseguir la emancipación, puesto que sin higiene no puede haber progreso ni salud’” (2000: 549-550).

<sup>15</sup> “Creo, como el que más, en el mejoramiento humano, en la purificación de la raza, en la regeneración social y en las horas santas de la fraternidad verdadera, —no en la farsa republicana— porque creo en mi regeneración, porque creo en mi mejoramiento, porque creo en la fraternidad que siento vibrar en mi corazón hacia vosotros” (Ghiraldo, 1904: 56-57)

## DOSSIER

modo de vinculación de las elites políticas con el presente era el "utilitarismo", mientras que respecto del futuro su respuesta era la "ignorancia" (Ghiraldo, 1904: 59). Para el escritor la universalidad postulada por el sistema republicano no reparaba en contradicciones que preceden a la representación política entre las que destaca la existencia del capital<sup>16</sup>.

### Violencia política y literatura

Esta contradicción condicionaba el universo de lo político al constituir una mediación ineludible para la práctica política. La orientación libertaria de la praxis adquiría indefectiblemente el carácter de una lucha material, en el horizonte de la cual el progreso resultaba identificado con la revolución. En este orden de cosas la concepción anarquista de lo político se hallaba impelida a tematizar la cuestión de la violencia. Ella desempeñaba un rol histórico en el despliegue de un determinado proceso revolucionario. Aunque reconociendo el carácter irracional del terror suscitado por el régimen de Robespierre, Ghiraldo afirmaba:

Y como el árbol de la libertad, desgraciadamente, nunca ha dado frutos sino cuando ha sido regado con sangre, para que la cosecha fuera abundante y espléndida, necesario se hizo no economizar el riego ¡Y éste cayó, fecundante y generoso, en cantidad tal como para haber salvado el porvenir!

¡Y pensar que la gran revolución sólo constituye un detalle, un salto brusco, si queréis, dentro de la lenta pero efectiva evolución humana! (109).

Para el escritor argentino la violencia es la instancia en la que se desarmaba la fetichización de lo político como negociación de intereses vinculados a la posesión del capital. "La lucha, hasta hoy, no ha podido eludirse, porque eternamente los que han poseído han resistido" (111). Lo significativo de esta caracterización es que, en el contexto de una concepción ciertamente ambigua de la violencia del anarquismo argentino —aunque la tendencia es a justificarla— (Suriano, 2001: 280-281; Bayer, 2006), Ghiraldo hacía un esfuerzo por asignarle un lugar preciso en su interpretación del desarrollo histórico. Para el argentino la historia procedía del modo en que lo hizo en la Revolución Francesa. La secuencia poseía un primer paso en el que se promocionaban las ideas, en este caso la de los enciclopedistas, luego la reacción que surgía de la incorporación de éstas en el imaginario de los oprimidos, y finalmente, configurada la contradicción, se desataba la revolución. La articulación entre el segundo y el tercer momento era posible por la manifestación física de la contradicción suscitada. No extraña entonces que las ideas hayan "reclamado mártires" (Ghiraldo, 1904: 111). En la escena de lo político la existencia de relaciones de dominio tornaba inevitable el despliegue de la violencia. El carácter político de esta última es aquello que vehiculizaba la violencia como un modo de resolución del conflicto entre el progreso concebido en clave libertaria y la tradición. La correspondencia atribuida a la violencia respecto de la lógica instrumental de las relaciones sociales y la posibilidad de su destrucción permitía visualizar, por contraste, un modo de acción no estratégica, orientada, ya no por intereses

<sup>16</sup> "Pero ¿cómo esperar de los hombres de la burguesía como diputados, lo que no se puede esperar de ellos como patronos, lo que rehúsan, individualmente, cuando sus obreros solicitan un ligero aumento de salario o una rebaja del tiempo de trabajo? Las frases más retumbantes sobre el derecho y la justicia no arrancarán ni una piedra de la fortaleza capitalista" (64).

sectoriales, sino, sin más, por “la idea”. Al par de promover una concepción que mistifica la intelección de la orientación histórica y con ello favorecer la percepción del discurso científico como lenguaje neutral en sentido axiológico, este modo de comprensión de lo político se instalaba en un registro escatológico al interior del cual se asume la pertinencia de una evaluación de los grados de realización histórica de la idea en el presente del escritor:

Aquí una pregunta: ¿estamos por ventura cerca del período de luz en que la idea reine soberana como única fuerza, como único poder? Ningún espíritu, que aspire a no ser tachado de miope, ha de negar que estamos cerca de un día nuevo de esplendente aurora. La época actual es de transición. De ninguna manera el sistema republicano puede quedar como definitivo, y los ideales nuevos se dibujan, con lineamientos brillantes, en el cielo del porvenir. Ahora bien, la idea nueva, la redentora, a pesar de la historia ¿llegará a triunfar sin la violencia? He aquí el tremendo problema actual, en que la humanidad se halla empeñada (Ghiraldo, 1904: 111-112).

A juzgar por el rol histórico que Ghiraldo asignaba a la violencia la pregunta tenía un sentido eminentemente retórico. La respuesta era claramente negativa. La aparente apertura de la interrogación da cuenta de la ambivalencia con la que el anarquismo argentino tendió a alejarse de los actos concretos de violencia caracterizados con el concepto de “propaganda por el hecho” como una herramienta sistemática de construcción política, mientras que, aun cuando no tuvieran un contenido programático, los episodios de violencia individual eran justificados con un argumento caro a gran parte de la izquierda argentina posterior, es decir, como una legítima forma de reacción a la injusticia social caracterizada como “violencia desde arriba”<sup>17</sup>.

Para el escritor era inevitable la mediación de la violencia en el curso de la historia. Su fundamento, no obstante, era la realización de “ese instante de paz a que aspiramos” (115). De modo que la primera afirmación no invalidaría el sesgo evolucionista de su interpretación. La evolución constituía, en efecto, el escenario de la conflictividad delineada en términos de una caracterización más precisa de los agentes de la historia. Aquí Ghiraldo se distanciaba del esquema teórico clasista para advertir que el conflicto se configura en torno de las instituciones como agentes conservadores y los individuos como agentes revolucionarios (116).

Por otra parte, el carácter transicional asignado por el escritor a su presente, da cuenta de la condición proto-revolucionaria de éste. Esta percepción estaba destinada a la determinación de un estatuto político para un proceso histórico en el que se daban las condiciones objetivas para la aceleración del ritmo de la evolución de la humanidad. La evaluación de tales condiciones se jugaba a un nivel ideológico. Se trataba de reconocer el advenimiento de un momento de concreción de ideas evolutivamente incorporadas a la historia en

---

<sup>17</sup> Así justifica Ghiraldo el asesinato del presidente estadounidense William McKinley por el joven anarquista Leon Czolgosz el 6 de setiembre de 1901: “El acto violento llevado a cabo por un representante de éste (el pueblo) contra el presidente en cuestión, no es pues sino un resultado, una consecuencia (la violencia de abajo, sin organización, repeliendo a la violencia organizada de arriba), y como tal debemos mirarlo todos los que analizamos los hechos, con un criterio emancipado de prejuicios y cálculos personales” (127).

## DOSSIER

función de su creciente universalidad. Así, la Revolución Francesa constituía una manifestación todavía incompleta de la idea de "solidaridad" (118). La naturaleza de esta determinación era eminentemente conceptual y permitía delinear una función política para quienes poseen las capacidades intelectuales para comprender la orientación del curso histórico. Así, cerrando su referencia a la interpretación del componente revolucionario en el avance de la civilización europea de Kropotkine, Ghirardo construía este extraño razonamiento: "Esto dice Kropotkine; y Kropotkine, hombre de ciencia, cree en la evolución, siendo uno de los más formidables revolucionarios modernos. Kropotkine sabe lo que quiere decir *evolución*. Kropotkine conoce la historia. Por eso Kropotkine es *revolucionario*" (124) (las cursivas son del original).

La duplicación del nombre del teórico anarquista ruso asignaba al discurso una forma de predicación coloquializante en la que el ritmo de lo afirmado poseía una creciente vertiginosidad, delineando en la figura del objeto predicado algo del orden de lo consagrado. Este registro resultaba entonces desplazado al espacio de la inferencia y del modo en que en ella actuaban los diversos niveles que estructuran la realidad. Es evidente que la forma silogística del argumento asumía como premisa la existencia de dichos niveles: "hombre de ciencia", "cree en la evolución" y "siendo uno de los más formidables revolucionarios". Como previamente señalábamos naturaleza e historia (horizonte en el que se juega lo político) constituían dos órdenes que tendían a identificarse en virtud de un tipo de acción no estratégica sólo garantizada por el reconocimiento científico de las posibilidades de aquella correspondencia. El componente epistémico funcionaba entonces como una mediación de la praxis que hallaba sentido a fuerza de "saber qué quiere decir evolución" y de "conocer la historia". Esto, que convertía en revolucionario a Kropotkine y con ello cerraba la inferencia, constituía un modo definitivo de interpelación. Conocida la orientación de la historia ya no había vuelta atrás. El retroceso era un atributo de la defensa de cierto privilegios, de la ignorancia, o, atentos al alcance universal de este desarrollo que involucraba la propia capacidad para instalar una demanda social legítima, una inmoralidad.

Para aquellos cuyas tendencias se encaminan hacia semejante tarea estas palabras de Nietzsche, escritas *para decirlas al oído de los conservadores*: Hay todavía partidos que sueñan con hacer andar las cosas reculando, como andan los cangrejos; pero lo que no se supo antes, lo que se sabe hoy, lo que se podrá saber, es que una formación hacia atrás, una regresión en cualquier sentido, de cualquier grado que sea, es completamente imposible (130) (las cursivas son del original).

El desarrollo de los acontecimientos, en la medida en que daban cuenta de la orientación libertaria de la historia, constituía un límite de naturaleza racional para un eventual retroceso. La recurrente focalización ghirdiana en la función política del conocimiento expresaba, al tiempo que un reposicionamiento del discurso letrado en el marco del proceso de autonomización del campo literario a fines del siglo XIX y principios del XX (Rama, 1985; Ramos, 1989), un desplazamiento del objeto de análisis que iba de la crítica de la economía capitalista a la tematización de la desigualdad originada por otras formas del capital, entre los que destaca el capital cultural. La brecha cultural se produce pues como una desigual

apropiación del saber, hecho que excede el origen clasista de la contradicción<sup>18</sup>. La incorporación de este elemento de la consideración ghiraldiana acusaba la influencia del pensamiento de Kropotkine (Suriano, 2001: 79) y conducía a una caracterización de la función práctica de la literatura en la que la correspondencia entre violencia y acción política seguía siendo el eje.

En cuanto a la forma de exteriorizar la violencia y en lo que se refiere a su eficacia, nosotros formularemos nuestro pensamiento diciendo que escribir *Germinal*, por ejemplo, vale tanto como matar a un rey. La violencia de Zola ha podido lanzarse a las calles envuelta en las páginas fulgurantes de sus libros. A no haber encontrado este cauce, ¿quién se atrevería a afirmar que ella no se hubiera cruzado, sangrienta, en la vida triunfal de algún tirano? (Ghiraldo, 1904: 124).

La valoración que Ghiraldo hacía de la obra del escritor francés constituía un índice de la condición política de lo literario como un modo privilegiado de representación de la tensión entre la orientación histórica y las formas del sistema vigente. La violencia era percibida como una modalidad de ruptura cultural y moral que incidía directamente sobre el campo de las relaciones de dominio cualquiera fuese su naturaleza. Operaba en esta consideración el supuesto de que las expresiones episódicas e individuales de violencia constituían un expediente impreciso de la injusticia que debía ser intuida con claridad en términos de una verdadera síntesis histórica, a cuyo concurso acudía el discurso literario. La obra de esta literatura, que era capaz de alejarse de los artificios formales, del bizantinismo y la promoción de la decadencia, no consistía en despertar un atributo sin más fijado a la conciencia de los sujetos sociales subalternos, sino en ofrecer la interpretación válida del proceso histórico. Al alejarse de las determinaciones estrictamente económicas y deslizarse hacia un *locus* cuya prioridad era básicamente epistémica, Ghiraldo arrastraba a la literatura al escenario de las definiciones ideológicas. En dicho escenario, la literatura libertaria poseía como atributo una referencia a la condición transitoria del presente, a partir del cual la historicidad se definía por su apelación al futuro.

[P]odrán las inválidas multitudes seguir arrastrándose detrás de los expositores de cultos de patrias nefastas, devoradoras de hombres, y de sectas, más criminales aun, torturadoras de conciencias; podrán todos los inconscientes del mundo rechazar, al mismo tiempo, o mirar con indiferencia la fecunda obra social de los sembradores de ideas, los bravos paladines de verdad en marcha, los progresivos luchadores, misioneros del futuro que, conociendo la verdadera causa de la situación desesperante en que se encuentra la mayoría de la humanidad, saben despreciar el aplauso momentáneo para descubrir con mano sincera el telón que oculta las heridas que es necesario curar (...) Llegará pronto el tiempo en que la luz sea hecha. Y entonces de todo el farrago de ineptias (...) con que hoy se refocila una casta, el pueblo, el verdadero pueblo en actual gestación, el pueblo sabio y poeta de mañana, hará una nueva pira de incendio (145).

---

<sup>18</sup> "Al introducirse el elemento ético-cultural entre los factores de opresión o desposesión se añaden, como mínimo, dos variantes respecto del enfoque socialista clásico: por un lado se amplía el grupo de desposeídos (...) por otro lado no se considera que la situación se caracterice por la progresiva polarización de las clases, sino por la creciente posibilidad de la superación de la tensión gracias a la inevitable ilustración de los oprimidos" (Álvarez Junco, 1972: 182-183).

## DOSSIER

La inminencia del futuro predicado no ofrecía la posibilidad de contrastación positiva de aquel indigno final augurado por el escritor para la literatura no comprometida ideológicamente. Por vía de la selección académica de un canon o de las consagraciones del mercado en la industria cultural no se obtuvo el reconocimiento de un valor que Ghiraldo creía ganado en términos cognitivos y políticos. Es probablemente el precio que pagaría una literatura que si bien es capaz de reconocer las condiciones socio-históricas en las que se produce, tendía a desplazarse de ese lugar posponiendo las definiciones del presente hacia un futuro en el que el pueblo hablaría por sí mismo.

La tensión introducida por una imagen tan fuerte del porvenir, pensada sobre el fondo de una interpretación libertaria de la historia, al tiempo que constituía un modo fructífero de promoción de las prácticas políticas, tendía a eternizar su provisionalidad, en el marco de un proceso que, a fuerza de incorporar nuevas variables ligadas a novedosas coyunturas, iba mudando de estrategias de militancia. Había, ciertamente, una contradicción entre una concepción que asumía la dialecticidad de la historia mientras acentuaba la disolución de ese mismo carácter en la propia práctica política.

## Bibliografía

Álvarez Junco, José. *La ideología política del anarquismo español (1861-1910)*. Madrid: Siglo XXI, 1976.

Andreu, Jean; Fraysse, Maurice y Golluscio de Montoya, Eva. *Anarkos. Literaturas libertarias de América del Sur (1900)*. Buenos Aires: Corregidor, 1990.

Armus, Diego. "El descubrimiento de la enfermedad como problema social". En: Mirta Zaida Lobato (comp.). *Nueva historia argentina. El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2000.

Bayer, Osvaldo. *Severino Di Giovanni. El idealista de la violencia*. Buenos Aires: Planeta, 2006.

Benjamin, Walter. *Discursos interrumpidos I*. Buenos Aires: Taurus, 1989.

Bourdieu, Pierre. *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Madrid: Akal, 1985.

Capelletti, Ángel. *Anarquismo latinoamericano*. Caracas: Ayacucho, 1990.

Ciafardo, Eduardo y Espesi, Daniel. "Patología de la acción política anarquista. Criminólogos, psiquiatras y conflicto social en la Argentina, 1890-1910". *Siglo XX. Revista de Historia*, segunda época, n. 12, México, 1992.

Cordero, Héctor. *Alberto Ghiraldo. Precursor de nuevos tiempos*. Buenos Aires: Claridad, 1962.

Cortés Conde, Roberto y Gallo, Ezequiel. *La formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Paidós, 1968.

Geli, Patricio. "Los anarquistas en el gabinete antropométrico. Anarquismo y criminología en la sociedad argentina del 900". *Entrepasados*, a. II, n. 2, 1992.

Godio, Julio. *Historia del movimiento obrero argentino*. Tomo I. Buenos Aires: Corregidor, 2000.

Litvak, Lily. *Musa libertaria*. Barcelona: Antoni Bosch, 1981.

Litvak, Lily. *La mirada roja: estética y arte del anarquismo español (1880-1913)*. Barcelona: Ediciones del Serbal, 1988.



Lobato, Mirta Zaida. "Estado, gobierno y política en el régimen conservador". En: Mirta Zaida Lobato (comp.). *Nueva historia argentina. El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2000.

Madrid, Francisco. "Literatura anarquista". En: Alzina (coord.) *La Rosa Ilustrada*. Alicante: Associació Cultural Alzina, 2004. En línea. <http://www.ua.es/cgt/rosa/ponen/litanar.pdf>. Consultado el 21 de noviembre de 2006.

Moretic, Yerko. "Acerca de las raíces ideológicas del modernismo hispanoamericano". En Litvak, Lily. *El modernismo*. Madrid: Taurus, 1986.

Oved, Iacov. *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*. México: Siglo XXI, 1981.

Rama, Ángel. *Rubén Darío y el modernismo*. Caracas: Alfadil, 1985.

Rama, Ángel. "La democratización enmascaradora del tiempo modernista". En: Ángel Rama. *La crítica de la cultura en América Latina*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1995.

Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.

Salaün, Serge. "Teoría y práctica del lenguaje anarquista". En: Bert Hofmann, Pere Joan i Tous y Manfred Tietz (eds.). *El anarquismo español. Sus tradiciones culturales*. Madrid: Iberoamericana, 1995.

Suriano, Juan. "Una aproximación a la definición de la cuestión social en Argentina". En: Suriano, Juan (comp.). *La cuestión social en Argentina 1870-1943*. Buenos Aires: La Colmena, 2000.

Suriano, Juan. *Anarquistas. Política y cultura libertaria en Buenos Aires (1890-1910)*. Buenos Aires: Manantial, 2001.

Terán, Oscar. *En busca de la ideología argentina*. Buenos Aires: Catálogos, 1986.

Terán, Oscar. "El pensamiento finisecular (1880-1916)". En: Mirta Zaida Lobato, *Nueva historia argentina. El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2000.

Viñas, David. *Anarquistas en América Latina*. Buenos Aires: Paradiso, 2004.

Zabala, Iris M. "Espejos, reflejos: Anarquismo y literatura". En Bert Hofmann, Pere Joan i Tous y Manfred Tietz (eds.). *El anarquismo español. Sus tradiciones culturales*. Madrid: Iberoamericana, 1995.

Zimmermann, Eduardo. *Los liberales reformistas*. Buenos Aires: Sudamericana, 1995.